



## Camino a Roma: el cuidado colectivo desde los feminismos

Mariana Valencia Zora<sup>1</sup>

### Resumen

El ensayo analiza el papel de las mujeres, representado por el personaje de Cleo en la película Roma de Alfonso Cuarón (2018), en la lucha contra las estructuras patriarcales y la desigualdad social. Se destaca cómo las mujeres enfrentan la carga emocional y psicológica del cuidado de otros, mientras luchan por su propia identidad y valor en un entorno opresivo. Se argumenta la necesidad de crear espacios de cuidado y resistencia colectivos para liberar a las mujeres de las expectativas y roles impuestos. Finalmente, se enfatiza la importancia de las redes de solidaridad entre mujeres como herramienta para la transformación social y la búsqueda de la liberación.

**Palabras clave:** Espacios de cuidado, feminismos, patriarcado, liberación femenina, roles de género, interseccionalidad, identidad.

---

<sup>1</sup> Estudiante de derecho de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Octavo semestre en curso. Texto desarrollado en el marco del curso “Género, Interseccionalidad y Poder” inscrito al pregrado de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: mariana.valenciaz@udea.edu.co

## **Camino a Roma: el cuidado colectivo desde los feminismos**

Nos llamamos Cleo, somos adultas jóvenes, nos dedicamos a las labores domésticas en una casa en la colonia Roma en Ciudad de México. Nos encargamos de una familia compuesta por papá, mamá, tres hijos y una hija. Transcurre la década de los setenta y ya no recordamos cuándo fue la última vez que el olor de la tierra mojada inundó la mañana, quizá en reverencia a lo apacible que era el día a día, quizá en conmemoración de que había un hogar que nos permitía ser. En los vientos que soplan hoy, el eje central del orden de nuestra rutina diaria es satisfacer las necesidades de la familia adinerada y tradicionalmente disfuncional para la cual laboramos. Ahora habitamos el silencio y el ajeteo. El ritmo vertiginoso de tareas por cumplir nos llena de percepciones vacías de palabra, enunciación y entendimiento. No hay espacio para el pensamiento, para poder darnos cuenta de que el eje central de este microcosmos, de esta casa aquejada por la soledad y la frustración, somos nosotras.

En el margen del deber ser de las cosas, doña Sofía es la madre con tiempo limitado para brindar el cuidado, que por defecto le corresponde brindar; don Antonio es el padre proveedor que habita la calle como su hogar; y los hijos son el objeto de cuidado y nuestra labor principal. El tiempo en esta casa adopta sus propias formas. Como las labores del hogar apremian, somos las primeras en comenzar el día. De nosotras depende que cada quien esté preparado para llevar a cabo sus tareas del día, con sus ropas listas y su desayuno servido. También recae en nosotras la charla matutina amena, que levante los ánimos y les haga ver que todavía hay razones para ser felices en esta vida. Además, diariamente estamos ahí para acoger a los niños como si fuésemos su madre. Aunque una madre tendría un cuarto principal, una habitación propia, nosotras vivimos al margen en una habitación por fuera de la casa en la que trabajamos y resolvemos todo con prontitud. El agotamiento y el sofoco es ineludible, pero siempre tolerable bajo el cobijo del amor (Cuarón, 2018).

Imaginar mundos posibles es una práctica que, si bien nos saca de nuestro presente inmediato, no nos ayuda a comprender diferentes situaciones ni a ser empáticos. Los mundos que habitamos diariamente son resultado del entramado de sentimientos que atraviesan nuestro cuerpo todo el tiempo. Esas emociones se amoldan a quienes somos y de esa manera son radicalmente distintas a las de los otros. El ejercicio de aprehensión de las realidades ajenas, aunque a veces compartidas, no puede ser encarnado por nosotros por más que lo intentemos. Empezamos por el hecho de la socialización a la que nos vemos expuestos desde el nacimiento: todo empieza por el sexo, todo depende de si somos niña o niño. La asignación de roles hace presencia casi como un performance, como un juego en el que algunas no sabemos que empezamos perdiendo. Si bien el patriarcado atraviesa la vida de todos, no lo hace de la misma manera ni con la misma intensidad. Este es un juego con varios sistemas complejos, donde encarnamos ciertas características y habitamos ciertos escenarios que nos

ponen en una situación de ventaja o desventaja frente a las reglas para ganar, reglas que no han sido diseñadas por ni para nosotras.

Intentamos, quizá en un primer momento, emprender un camino de adaptación que nos evite dolores y sufrimientos en un terreno hostil. Se crean heridas con distintos orígenes, la violencia toma distintos cuerpos dependiendo de quienes seamos. Estas heridas solo pueden reconocerse en otros desde la apropiación de nuestra cotidianidad, desde una atención minuciosa a los detalles, a los pormenores de la rutina, desde una proximidad al entorno que intento hacer mi hogar. Por ejemplo, si ponemos toda nuestra atención en el pensar, solo en el pensar: ¿por qué me siento tan triste?, ¿por qué estoy tan cansada?, ¿por qué está tan mal ser yo?, ¿por qué siento tanta rabia?, ¿en contra de quién siento tanta rabia? Nos daríamos cuenta de que una vida sin un espacio permitido de existencia es fatigosa, de que no hacerse un espacio propio es entregar la vida entera al servicio de otros sin darnos cuenta nunca de que somos Cleo.

Desde la escena de Roma, Cleo encarna una trabajadora doméstica que dedica su vida entera a ese oficio. Habita una existencia llena de contradicciones, pues acarrea sentimientos simultáneos como el amor y el odio. Ella hace “parte de la familia”, pero no habita de la misma manera el hogar. En ocasiones tiene fogonazos, avisos de su intuición, de su posición en la casa en un entorno de blancos burgueses. Sabe, aunque sea por instantes, que no estaría ahí si no fuese porque es lo único que el entorno le ofrece para poder sobrevivir. Desarrolla un cansancio que implica tedio y rabia, además de la renuncia al pilar de la identidad. Se ve enfrentada a un duelo de abandonarse que no puede asumir, pero que tampoco puede expresar. Encara un proceso de sanación para el que no tiene herramientas. Además, siente culpa de abandonar la batuta de un hogar que ha asumido como madre, desde el afecto, la paciencia y el amor. Es incapaz de separar este trabajo de su vida personal y, por tanto, opta por obedecer los mandatos estructurales de lo que debe ser una mujer indígena, racializada y empobrecida. La fugacidad de esa contrariedad, si bien intensa, es para Cleo un asunto vital no resuelto. En otras palabras, la contradicción aparece como una ráfaga que, por más visible que sea, es incapaz de materializarse en palabras o actos, porque todo permanece en un instante.

Salir de nuestras historias enraizadas supone un esfuerzo titánico por entender la naturaleza de nuestras dificultades. Sacar las emociones del corazón y llevarlas a la conciencia es un proceso muy doloroso, que difícilmente podemos hacer solas. Esta tarea se vuelve aún más desafiante cuando nuestra supervivencia depende del sometimiento a las condiciones de vida que hemos conocido siempre.

Para Cleo, llevar a cabo esa tarea de verse a sí misma como persona explotada es nadar contracorriente, posiblemente hundirse en la más horrible desesperación, atravesar el miedo y enfrentarse a lo incómodo. Cuando nuestras desgracias empiezan a tener nombre y los

malos sentimientos dejan de ser fugaces, enfrentarlos significa verlos en todas partes, quizá dejar de querer personas que ahora queremos, cambiar la forma en la que nos relacionamos, que ya no nos gusten las cosas de siempre. Esta confrontación hace que tiemble la tierra que pisamos y, quizá con suerte, que cambiemos radicalmente nuestra vida.

Esta carga psicológica es una cruz que llevamos las mujeres. El sostenimiento de la vida, que se da en el cuidado que le damos a los otros, es transversal a los roles que nos asigna el patriarcado a cada una de nosotras. Esta imposición es tan grande que nos lleva a sumirnos en la tristeza, a pensar que no valemos nada. Este rol que nos asignan de forma inexorable nos hace sentir abandonadas, a pesar de que le hemos entregamos la vida.

La trama tiene muchos puntos de intersección entre la vida de doña Sofía y Cleo como mujeres, pero no muestra su sufrimiento de forma homogénea, ambas viven el abandono de forma distinta. Sin embargo, en el transcurso de la historia se muestra cómo, indiferentemente de la posición de mayor o menor ventaja social que ocupen, los hombres siempre se ven a sí mismos como un proyecto en el que no cabe nadie más. Vemos cómo su identidad, a diferencia de la de las mujeres, se construye a partir de la dominación o la autoridad, a través de la violencia más directa o la indiferencia, la apatía y el egoísmo.

Es así como el núcleo fundamental de la sociedad, la reproducción de la vida y el sostenimiento de la humanidad se da por medio de matriarcados, característica predominante en las sociedades latinoamericanas. Parece irónico que estemos obligadas a cumplir ese cometido de forma aislada, a sostener un hogar como madres solteras sin espacios para la organización con las otras. Emanciparse del patriarcado va mucho más allá de la toma de consciencia y de la voluntad, incluso política, de hacer cambios; se trata de tener espacios de cuidado alternativos creados por y para nosotras. Bien le dice Sofía a Cleo, en medio de su crisis a causa del abandono de su esposo, atravesada por la más absoluta tristeza por perder a su bebé y ser abandonada por su amado: “estamos solas, no importa lo que te digan” (Cuarón, 2018).

Si bien las personas que habitan esta casa se ven entrelazadas por todo tipo de opresiones, no todas estas se dan de igual manera. Hasta que no nos demos cuenta de esto, el cuidado, como espacio clave para la lucha, no se va a convertir en un espacio de resistencia. Cleo no solo vive las mismas condenas del patriarcado que Sofía, sino que además se ve excluida de otros espacios como la educación. Se le desprovee hasta de sus orígenes, de su identidad, del contacto con su tierra por el desplazamiento. Se ve privada de hablar con su mamá, desde hace años, por no tener el valor para decirle que no puede hacer nada por ella. Cleo solo puede habitar su pueblo en el recuerdo que le trae el olor de la tierra cuando llueve. Debemos darnos cuenta de que, después de cincuenta años de la época en la que está ambientada Roma, el trabajo de mujeres como Cleo sigue siendo trabajo esclavo.

Para hacer del hogar un espacio de contrapoder tenemos que consolidar la relación con otras mujeres, crear redes que genuinamente guíen y protejan, porque la lucha también convive con el amor.

Cleo no es una heroína y no se presenta como una mujer subversiva. Eso despojaría de toda profundidad a su personaje. Sería la idealización de una mujer, bajo el concepto de igualdad con el hombre, como “la que es capaz de enfrentarse a todo y a todos”. No sería presentada como una mujer común y llena de contradicciones, que con las herramientas que tiene intenta sobrevivir.

El feminismo se manifiesta a partir de estas inconformidades que no podemos nombrar, de ese trabajo cotidiano de entender las emociones y los dolores que nos atraviesan. En palabras de Adriana Guzmán (2019), una de las fundadoras del feminismo comunitario:

La lucha se hace desde el cuerpo, no desde los libros ni la teoría, eso puede aportar pero no moviliza, las opresiones sí, la rabia digna como decía la hermana Betty Cariño sí, así que fuimos construyendo un feminismo que nos sirviera, desde estos nuestros cuerpos, desde estos territorios del Abya Yala, un feminismo útil para nuestras luchas, un feminismo que plantea la comunidad como forma de vida de la humanidad como parte de la naturaleza, la comunidad como autoorganización y autodeterminación. (p. 2)

### **Referencias bibliográficas**

Cuarón, A. (2018). Roma [película]. Participant Media.

Guzmán, A. (2019). Descolonizar la memoria, descolonizar los feminismos. Tarpuna Muya.